

EL ELEVADOR

Manuel tenía un temor supersticioso hacia los elevadores.

Había nacido con él, pues de chico temía la sola mención de la palabra, y esto era motivo de burlas entre sus escasos compañeros de juego. Uno de ellos era una niña morena y regordeta llamada Aldonza, a la que quería aún ahora, cosa rara, diez años después. El motivo de su afecto duradero era la circunstancia peculiar y ridícula de que los dos temían los ascensores. Últimamente, y para agravar las cosas, varias gentes habían muerto en elevadores, ya fuera por asfixia o por un funcionamiento fatal del siniestro cuartito mal iluminado.

Manuel era asaltado continuamente por sueños tremendos en los que se veía atrapado en un ascensor, solo y a oscuras, sintiendo cómo el aparato bajaba cada vez más rápido, hasta cortarle la respiración. Luego, a velocidades fantásticas, caía en el suelo con un durísimo impacto, haciéndose trizas junto con su nave, sin que el tripulante muriera. Manuel despertaba de las pesadillas vomitando histéricamente y vociferando que detuvieran el aparato.

Las noches que pasaban juntos Aldonza y Manuel tenían los mismos sueños, con la sutil y horrenda diferencia de que los dos se veían separados en sus respectivos elevadores.

Un buen día decidieron que debían poner fin a la pesadilla, consultando a un sicoanalista y venciendo su miedo infantil: bajarían en ascensores separados, de un edificio alto y acabado de hacer, con la condición de que nadie perturbara su trayectoria lenta hacia abajo. Y así lo hicieron. Después de una larga charla, el sicoanalista aprobó sus planes, asegurando que con intentarlo una vez, en un seguro ascensor, bajando separadamente desde el último piso, la manía supersticiosa terminaría para siempre, junto con sus sueños de vértigo. Manuel y Aldonza salieron del consultorio alegres y apurados, se subieron al coche y se lanzaron a la búsqueda de nuevos y grandes hoteles. Aldonza sabía de uno en especial, acabado de construir, que se ajustaba a sus planes. Se hallaba en el Este de la ciudad, y era perfecto por sus valientes y efectivos elevadores que pronto los curarían.

Encontraron el hotel. Era un gigantesco edificio de más de veinte pisos; uno de los hoteles más grandes de la ciudad. Tenía cristales cuadrados y brillantes que hacían pensar en un interior más brillante aún.

Bajaron del coche y se dirigieron a una de las cristalinas puertas relucientes. Los recibió un empleado viejo y desganado que pulía los pisos. El hombre abrió la puerta y con una mirada fría pidió una identificación. Manuel sacó una tarjeta que logró llamar la atención del pobre viejo, que les permitió pasar a *probar* los ascensores.

Para empezar, los dos subieron juntos hasta el último piso, por las escaleras. Al llegar arriba pensaban separarse y bajar en ascensores distintos. Llegaron arrastrando los pies y oprimieron al mismo tiempo los botones que harían subir sus respectivos elevadores.

Mientras esperaban, se miraron con una mezcla de melancolía y humorismo, pretendiendo darse valor.

Los ascensores llegaron parejos y sin ningún desperfecto.

Se despidieron emocionados.

Manuel miró a Aldonza, guiñándole el ojo y deseándole irónicamente buena suerte. Después, al entrar, sintió un ligero escalofrío que pronto reprimió, apoyándose en una fuerte barra metálica de una de las estrechas paredes. Vio por última vez a Aldonza, ahí, parada frente a él. La puerta se cerró. Involuntariamente dejó escapar un quejido casi inaudible, pero bastante significativo, sobre todo en las condiciones en que estaba. Por primera vez en su vida, en un elevador, bajando lentamente...

El aparato funcionaba sin interrupción y Manuel pensaba y divagaba. Sabía que había *tres* circunstancias extrañas que le habían pasado inadvertidas en los últimos momentos. Rebuscaba en la memoria.

Ahora daba con una de ellas: El viejo empleado de abajo había dicho algo entrecortadamente... Podían *probar* los ascensores. ¿Qué, no los habían probado ya?

La segunda circunstancia se le aparecía con claridad... ¿Habría Aldonza cumplido lo planeado? ¿Se habría metido al otro elevador?... Bufando y dudando, Manuel sudaba copiosamente. Y mientras más quería evitarlo, más lo hacía. Un sudor frío.

Y además había otra cosa... la tercer circunstancia... la más significativa. ¿Qué era?

No lograba percibirlo, pero algo le advertía que el descubrimiento de la incógnita no sería nada agradable.

¿Qué era?

Lo sentía en el aire... en el ambiente.

De repente, empezó a reír callado, como un demente que idiotiza.

Si... ya lo sabía.

¡Qué risa!

¡Qué...!

Sí, señores, el elevador estaba, poco a poco, aumentando su velocidad... Mientras, Aldonza, con una sonrisa satánica, bajaba a pasos lentos las escaleras.